

Eduardo Caballero Calderón y la crisis del hombre latinoamericano

LUIS FELIPE VALENCIA TAMAYO¹

Artículo recibido el 21 de agosto de 2013, aprobado para su publicación el 4 de octubre de 2013

Resumen

Muchas cosas parecen cambiar en las primeras décadas del siglo veintiuno, pero otras, sin embargo, parecen quedarse igual o, incluso más triste, empeorar. Este es un ensayo en el que, a partir de la revisión de la obra de Eduardo Caballero Calderón, se recupera y revisa el testimonio de un hombre que denunciaba humanamente lo que iba mal en su tiempo y lo que podía ir peor en el futuro. Así, nos encontramos una vez más con un pensador colombiano que nos recuerda cuáles son nuestros dolores patrios.

Palabras clave: Eduardo Caballero Calderón, Latinoamérica, educación, religiosidad, violencia, George Steiner.

Eduardo Caballero Calderon and the crisis of latinamerican man

Abstract

Many things seem to change in the first decades of the twenty-first century, however, other appear equal or even worse. This essay represent an examination of Eduardo Caballero Calderón's work, it recovers the testimony of a man who humanly denounced what went wrong in his time and what could be worse in the future. Thus we find once more with a Colombian thinker that help us to remember what our Latin-American pains are.

Keywords: Eduardo Caballero Calderón, Latin America, education, religiosity, violence, George Steiner.

De vez en cuando uno despierta con la sensación de que no todo marcha tan bien como debiera. Posiblemente esta sensación es tan natural como cualquier otra, fruto sencillamente de la condición de estar vivo y animarse a observar un poco la realidad. Pero, curiosamente,

1 Luis Felipe Valencia Tamayo, escritor, profesor de Literatura y Humanidades en la Universidad de Manizales. Magister en Filosofía de la Ciencia y del Lenguaje (Universidad de Caldas), con intereses investigativos en el arte, la filosofía, la historia, los lenguajes, la literatura, la sociología, entre otros. Correo electrónico: lufevata@hotmail.com

esa mañana comenzaba a revisar algunas notas para organizar una de mis clases y, en medio de aquellos papeles, me encontré con la explicación de la sensación de lo que estaba determinando mi día. Tenía que ver sobre todo con el mundo, con Latinoamérica, con las cosas que hacemos y dejamos de hacer, con lo que pasa en las cuentas del tiempo y con las que no pasan. A medida que avancemos en este diálogo me entenderás mejor, querido lector.

Eran las notas a un escrito leído por el mismo Eduardo Caballero Calderón hacía más de cincuenta años en la Universidad Nacional de Colombia. Aquel fue un breve ensayo en el que el intelectual despertaba a su propia crisis dirigiéndose a los jóvenes estudiantes de aquellos días. Su tristeza era evidente. Bajo el título de *Una autodisección*, él manifestaba su pesar por la vida latinoamericana y la infértil siembra de los valores del saber y la cultura: la burocracia campeaba y triunfaba en todos los rincones de la realidad nacional y se iba asentando como un dulce oasis de organización, responsabilidad y solidaridad cuando la cruda verdad mostraba que tras cualquier vía se iban privilegiando los favorecimientos políticos y los méritos de apellido y clase. Del nacimiento de aquella Gorgona, que atestiguaba Caballero Calderón, hoy somos testigos de su crecimiento y buena crianza.

Sin embargo, la crisis del escritor no provenía tanto de lo que veía nacer como de lo que observaba palidecer. Sin ánimo conservador, advertía cómo se despedazaban los criterios, se esfumaban las esperanzas en una sociedad más justa y, mientras lentamente colapsaba la cultura, se venían al suelo las visiones de una educación que permitiera desmentir la mediocridad y superar las miserias.

Sin salirnos de Colombia, teníamos el caso de que nuestra entidad como nación era un mito. Nuestro comercio daba la clave de nuestra situación miserable. Nuestra vida no era propia, sino de prestado. Nuestra suerte dependía del capricho de los pueblos que compraban nuestro café y nos vendían sus automóviles. Y en lo interno, esa libertad de sufragio de que nos ufanábamos se descomponía en una farsa abyecta. El sistema tan alabado por nuestros profesores de Derecho desde su cátedra, al descender a la plaza de nuestros pueblos miserables se convertía en un medio para dar la fuerza política a los más intrigantes, a los más inescrupulosos, a los menos capaces. Nuestros problemas, empero, seguían intactos. El país parecía moralmente castrado (Caballero Calderón, 1963, p. 15).

Enfrentamos nuestro propio océano de lamentables mediocridades y navegamos frugalmente sobre los mares de costumbres que nadie se atreve a cuestionar. Lentamente las humanidades dejaron de engalanar el espíritu del que tanto se ufanaron en la génesis de viejas naciones y pasaron a ser un remedo de actividad cultural que se mezcla con ferias y regularcitos artistas de tablados y cantinas. Tan acendrado se ha convertido el escenario de nuestra mediocridad que el destino de un joven bachiller contemporáneo no alienta ni una lágrima de emoción tras el cumplimiento de los deberes sino una mueca de regocijo que busca el aplauso fraternal ante el acopio de trampas y desidias.

Como parte de nuestras desafortunadas tendencias actuales, parece natural el discurso por el cual jóvenes y padres de familia observan el camino de la educación como una simple obtención de títulos. Un lamentable círculo vicioso habla de las carreras universitarias como cuna de clientes y no de estudiantes. Constantemente se ofrecen cursos de muy variada índole

en los que la común característica es que se garantiza a los interesados un título más, ya que no educación. Diplomados, seminarios, talleres, simposios, sin dejar atrás las sobrevaloradas maestrías y los majestuosos doctorados, se abren en un estafalario abanico de opciones en los que no se ventila sino la posibilidad de incrementar sueldos y postular nuevas posiciones. En un reguero de fotocopias por hojearse, no se alcanza a leer un libro completo y se disimula la desazón de hacer parte de un sainete que en nada se parece a la verdadera formación de nuestros predecesores (la palabra alemana *Bildung* alcanzaba imperecederas fronteras).

¿En qué momento empezó todo? Lejos de un panorama que apenas si pudo prever la mirada noblemente crítica de Eduardo Caballero Calderón, la lectura de sus ensayos es una incitación a revisar nuestra cotidianidad y a darnos cuenta del esmero que hemos puesto en continuar con nuestros circos sin querer reconocer que nos desbordan grandes carencias. Las vergüenzas de la vida política también son nuestras; que nuestros maestros no sean los mejores es nuestra culpa; que niños y jovencitas amen su mediocridad tanto como a sus mismos egos es una responsabilidad que no podemos eludir. Fruto de la sinrazón de no encontrarnos a tiempo a nosotros mismos y descubrir los que podrían ser los verdaderos ideales latinoamericanos, siguen creciendo generaciones ciegas y espíritus fácilmente domesticados por el atractivo de gobiernos y medios de comunicación engañosos. Vaya falta que nos ha hecho la formulación kantiana del ideal ilustrado de reconocer el tiempo para la autonomía y el pensamiento verdaderamente libre. Pero en Latinoamérica hasta las más saludables expresiones han sido desentendidas y se han trastocado en perversas consignas que alimentan demagogias maquinales.

A nadie podemos ocultar los defectos de nuestra educación, mancillada en la reglamentación de cauces vacíos repletos de títulos y no de humanidad. El doctor en humanidades de hoy no es ni la sombra del bachiller de otrora. Mientras este podía salir traduciendo clásicos, reivindicando la historia de pueblos distantes, admirando la sapiencia de hombres superiores, para enfrentar la vida con un arsenal de lecturas que nunca olvidaría; aquél sale chapurreando un inglés que cree sin gramática, con una mirada altiva sobre el pasado cuando no sobre sus colegas y con un ídolo de barro, muchas veces otro doctor, del que se encargará de hablar en cuanto simposio encuentre a la vuelta de un vistazo en Google.

Todo ello no es más que la representación de una costumbre que a nadie hace daño pero que temporada tras temporada condena el espíritu que realmente quiso educarnos. Las proezas de otras épocas suenan a fábulas, invenciones de hombres del pasado que buscaban quedar bien en la posteridad. Si se dice que Samuel Johnson podía hablar y leer distintas lenguas cuando era solo un infante, suponemos que su biógrafo, el señor Boswell, nos mentía y que exageraba atribuyéndole a su amigo cualidades imposibles. Algo parejo a la mediocridad, la insensatez, hay en la deslumbrante afirmación de que nos rodean niños cada vez más inteligentes con un coeficiente intelectual que por poco rezumará en sus pequeñas cabezas. Nuestros jóvenes crecen sabiendo lo que Aristóteles hubiera dado la vida por saber, quitándole los errores de sus disertaciones científicas, pero es la inclinación del filósofo griego a no contentarse con la realidad lo que hace falta en nuestro empeño por escudriñar la vida. Asistimos complacidos a la repetición, algunas veces hasta estrecha, porque adolecemos la falta de un empujón que nos lleve a mirar las estrellas sin que nos fatiguemos el cuello y considerar los verdaderos ideales humanos.

Como en la afirmación kantiana de la autonomía y la búsqueda del pensamiento propio, necesitamos convencernos de la necesidad de pensar por nosotros mismos. La mediocridad es

un síntoma de que alguien o algo piensa por nosotros y nos desplaza la solución de nuestros propios ideales. En la voz de Eduardo Caballero Calderón, la máquina está cumpliendo tan honroso papel, desplazando viejas odiseas y rigurosas meditaciones.

El aparecimiento de la máquina coincide con un lento y progresivo ocaso de los pueblos latinos, y hacia esto quisiera llamar muy especialmente la atención de los lectores. Mientras la máquina no fue en el mundo sino simplemente una posibilidad de progreso material, y el valor humano era esencial para el desenvolvimiento histórico de los países, los de origen latino dominaron el mundo. [...] Cuando la máquina comienza en el siglo XIX a transformarse en algo más que en un simple instrumento y se convierte en una nueva categoría del espíritu, en una razón de ser, comienzan esos pueblos a padecer de una manifiesta incapacidad para adaptarse (Caballero Calderón, 1963, p. 25).

Es nuestra situación la de pueblos adaptados a la fuerza a los devenires de la historia, historia que otras naciones han abanderado. No acababa de realizarse la conquista de aquellos que antecedieron su posición en este suelo latinoamericano cuando a todos se nos acumulaba la vida medieval y el florecimiento de la cultura renacentista. Nos insertábamos a las viejas disputas de soberbios reyes y participábamos de sus mesas para proveer sus buenas dietas y ropajes. A cambio podíamos esperar las migajas. No muchas cosas han cambiado desde entonces: ahora esas migajas se llaman con nobleza regalías.

Y ha sido así que cuando no despertaban nuestros ancestros de su nueva condición de administradores de predios conquistados, los vaivenes de la historia y las preocupaciones del hambre y la manutención de las familias impedían que aquí florecieran los pensamientos sobre la condición del hombre latinoamericano. Es una suerte que entrando el siglo veinte un manojito de intelectuales de diferentes países de este lado del Atlántico devolviera el aliento a las insignes manifestaciones del espíritu universal mientras buscaban hallarse a sí mismos. Es ese encuentro con lo que Caballero Calderón llama la historia latina; encuentro del que él es también una soberbia muestra en las letras colombianas.

Sin embargo, exceptuando eso que yo llamo una suerte espiritual en medio de las urgencias latinoamericanas, nuestros gobiernos se adecuaban a malsanas medidas en las que “todos” quedaran contentos y se hacían felices a grandes multinacionales casi todas de lengua extranjera. El sueño de muchos de nuestros estudiantes es hacer parte de ellas, obteniendo sus sueldos como garantía de una vida. La avaricia de la juventud latinoamericana ha sabido acostumbrarse a la tristeza de que otros países les nieguen trabajo, estudio y oportunidades mientras nuestros gobernantes solo nos ofrecen una formación de taller.

Si la máquina piensa, si en ella están puestos los verdaderos balances del mundo, hay que apostar por una educación que permita comprender sus problemas y potenciar sus virtudes. En otras palabras, nos hemos convertido en uno más de sus tornillos.

El Estado-taller o fábrica es un ideal al que conduce por sus pasos contados la supervaloración de la máquina, y el menosprecio cada vez mayor del espíritu humano; y dentro de ese ideal el hombre tiene valor como medio y como instrumento, pero no ya como fin (Caballero Calderón, 1963, p. 26).

Hay que ver cómo les duele a los estudiantes ponerse reflexivos sin terminar condenándose en sus contradicciones; hay que ver cuán amargo es el sabor de sus propios pensamientos matizado por una pereza que los hace insoportables incluso a sí mismos. Si el doctor en humanidades de hoy es apenas el bachiller de otras épocas ¿hasta dónde se reducen los estudiantes de secundaria de nuestros días? Es como si todo lo tuvieran para saber, pero en sus mentes están dispuestos a creer cualquier cosa sin poner el menor reclamo, incluso lo que se les ofrece diariamente en las noticias.

La llegada de nuevas tecnologías, en las que mentes sagaces de otras culturas y lenguas ponen su empeño y su educación, ha servido para que los universitarios de nuestras latitudes se sirvan de herramientas que les ahorren el trabajo para la clase del lunes en la mañana. La receta es sencilla, se recorta un poco de allí, se cambian algunas comas, se copia, se le altera la letra y se pega en un trabajo que quiere pasar por original dentro de la academia. De tan conocido el recurso, algunas universidades y muchos profesores desisten en su interés por poner trabajos escritos, dejar elaboración de ensayos y textos para la casa y se refugian en el perfeccionamiento de otro tipo de seguimiento a sus estudiantes.

Anécdotas hay para todos los gustos, pues a tanto se ha llegado que hasta profesores universitarios, en su ánimo de obtener puntos en el supermercado de sus profesiones académicas, han caído en la dulce *copialina* de domingo en la noche y han querido presentar como suyos trabajos de otros. Al reclamo de colegas despiertos, que menos mal no faltan, aparecen las disculpas matizadas en el orgullo de reconocer que no se pusieron las comillas donde se debía y que la intención no era tanto redactar un texto exclusivamente original como una reflexión teórica sobre otro que sí lo era. En el abuso de investigaciones universitarias en humanidades se termina llegando a dos extremos: la aparición de una recopilación de citas y pies de páginas para honrar la memoria de algún hombre, un artista que, en definitiva, debe leerse sin necesidad de tantos mediadores para develar claramente su arte y, por otro lado, la presunción de pasar por expresiones propias las ideas de otras mentes, quizás no más geniales, pero sí menos perezosas. En medio de todo quedan los montones de investigaciones, compilados, trabajos de grado y tesis que se adosan a la biblioteca como parte más del mobiliario sin que nadie más vuelva a leer algunas de sus páginas. Celulosa muerta, como ha escrito Gabriel Zaid en *Los demasiados libros*.

Hace algún tiempo, un querido amigo quiso poner a prueba los destinos de la educación nacional enviando una correspondencia a la secretaría de educación de su departamento. Fue una divertida confrontación en la que se evidenciaba lo extraviados que andamos en políticas educativas, por no decir siempre que de gobernantes, y las tristes paradojas a las que nos conlleva el amplio cuento que le hemos comido a los títulos en la realidad de lo que Caballero Calderón ha llamado nuestros Estados-taller.

El año pasado, enfurecido por la forma en que la Secretaría Departamental de Educación de Caldas realizaba los concursos para asignar puestos docentes (descabezaban a quienes habían obtenido los mejores puntajes en las pruebas de conocimiento, con el argumento de que “no cumplían el perfil”), le escribí a la doctora Luz Amparo Villegas, secretaria del despacho, ex rectora y actual miembro del Consejo Superior de la Universidad de Caldas, pidiéndole que

me contestara la siguiente pregunta: si Gabriel García Márquez se llegara a presentar a un concurso para enseñar Español y Literatura, ¿sería aceptado por la Secretaría de Educación luego de que obviamente pasara la prueba de conocimientos? Y la respuesta que recibí fue:

“Sí el señor García Márquez, se presentara al concurso convocado por el Decreto 2172 del 26 de octubre de 2005, en la etapa de valoración de antecedentes, lastimosamente se hubiera excluido de este, toda vez que carecía de el requisito del título de formación profesional exigido por la norma anteriormente citada. Nunca se dudaría de las capacidades del famoso escritor para desempeñarse como docente en el área de Lengua Castellana, pero la obligación de la Secretaría de Educación es ceñirse a las normas y parámetros que regulan el concurso docente, al ser éste de carácter reglado”. (He transcrito literalmente la carta, con errores y todo, correspondiente al oficio N° 00000552 de 2006) (Arango, 2007).

Confío en que el lector atento note inmediatamente los errores en la redacción de la respuesta, no habiendo necesidad de señalárselos más que a los implicados en la escritura de la misma. Como muchas cosas en nuestros países, la realidad parece una jugarreta tramada por hábiles sicofantes que invierten el orden sensato de las cosas y se encargan de hacernos dudar hasta de nuestra propia existencia. No es de olvidar que, por estos lados del mundo, a muchos hombres les ha tocado incluso demostrar que están vivos en el ajuste de renovaciones burocráticas de papeles, carnés y servicios médicos y jurídicos.

Los defectos en la escritura son piedra de toque en la promoción anual de nuestros estudiantes y no es un atributo exclusivo de mentes perezosas que recelan de gramáticas y manuales de ortografía. Con rigor parecen publicarse en nuestros periódicos textos que en todo muestran que solo fueron leídos mientras se escribían y que ningún comité, o algún lector diestro, tuvo la decencia de corregir. La publicidad campea alterando el sentido de la claridad haciéndonos creer que las palabras son una más de las contraprestaciones de la economía y el consumo. Bajo estas condiciones, el profesor universitario recibe con tristeza estudiantes que, cuando no están profundamente desinteresados por la historia y el uso correcto de las palabras, se comportan indolentemente imponiendo en sus trabajos la desfachatez de un nuevo universo “expresivo”.

En otro orden de las cosas, nuestra presunción de hacernos lo suficientemente ilustrados para decir cosas mucho más sofisticadas que las de quienes nos han precedido nos ha llevado al abuso escandaloso de la cita y de trabajos que se han destinado a definir lo que se suele llamar el estado del arte. En una lectura gustosa de la ensayística de Eduardo Caballero no se halla ningún pie de página que nos lleve a perder el ritmo de su prosa y la conversación dulce con su pensamiento. Es hoy cuando resulta improbable que un ensayo se publique sin el arsenal de notas y una bibliografía que, en su volumen, solo apunta a descrestar o hacer pasar el escrito por uno completamente autorizado por las fuentes consultadas. La obra completa de Alfonso Reyes, en otro ejemplo, es tan placentera que en toda su sabiduría no intimida con pies de páginas; y la bibliografía, que sin duda podría exceder en sí misma los volúmenes de toda la obra, se ostenta en cada página como para que ella misma se deje leer en cada apreciación del mexicano universal. No muy lejos se ha encontrado el escritor colombiano de esta intención intelectual de hacer de la lectura un agradable encuentro con la cultura y la lengua

española sin ademanes de sabelotodo e invocaciones altisonantes a estados del arte. Pero, en la actualidad, no hay investigación en suelo latinoamericano que deje de padecer los mismos pecados y resuelva todo en los mismos términos, sin peculiaridad narrativa y solo un práctico recurso a la unidad formal en la presentación de introducciones, objetivos, conclusiones y espesas bibliografías que, cuántas veces, no hacen más que aumentar el gasto de páginas. No se puede hablar de investigación en humanidades en la repetición y en el resumen de lo que nuestros clásicos han dicho hasta mejor que nosotros; se debe es promover la fuerza del pensamiento y de la lengua que, a partir de una seria formación, nos permita decir, recogiendo nuestros predecesores, lo que somos ahora. ¿Quiénes se están preocupando por escribir mejor y hacer por lo menos nítidas sus ideas? Muy pocos; menos mal no faltan.

Y en ello se nos va de largo el lamento y también la resignación. Así como exigir trabajos escritos puede representar la acreditación de un permanente copiar-pegar-disimular, ya suena indecoroso que a los estudiantes se les pida la lectura de un libro clásico o que se les invite a reflexionar con libro en mano sobre filosofía griega o medieval. ¿Para qué —se pregunta estoico el profesor de Literatura— si los muchachos no quieren leer? ¿Para qué —habla el profesor de Filosofía— si hay que pensar en la educación sexual y en los problemas de la juventud de ahora? Qué tanto de consideración se mezcla en una educación que se exprese así de la historia y de los clásicos es algo que todo lector puede resolver en su propia experiencia educativa y en la de sus hijos. Las nuevas generaciones no leen y nos hemos prestado subrepticamente para que ello sea así.

Alguna vez pude incluso tener por muy honesto el pensamiento que condenaba la lectura de los clásicos a una serie de privilegiados que, a lo largo de la vida, y sin la tutela, la provocación y los llamados de atención de maestros, se encontraran con aquellos maravillosos libros que todo hombre debería leer al menos una vez en su existencia. Como algunos escritores con los que compartimos época y desvaríos, se fue colando en nuestras disquisiciones la idea de que obligar a leer el *Quijote* o la *Odisea* es un pecado que atenta contra la juventud y, a la larga, contra la misma lectura, de la que, se concluye, los estudiantes quedaran profundamente desencantados. Hace algún tiempo llegué a comentar algo así sin sonrojarme, como si estuviera reconociendo implícitamente que debíamos leer cosas más ligeras, que los niños y jóvenes, a los que debemos evitar todos los “traumas” que padecieron nuestros predecesores, debían ver clases de Filosofía leyendo a Carlos Cuauhtémoc Sánchez y Literatura disfrutando a Walter Riso, Paulo Coelho o Gonzalo Gallo. La fuerza del pensamiento de insignes hombres latinoamericanos que tienden a olvidarse en medio del reguero de veleidades me hizo recobrar la conciencia sobre un asunto tan definitivo como el que menciono.

Si Alfonso Reyes mantuvo en justo orden su biblioteca adicionando notas marginales a la amplia lectura de clásicos grecolatinos, españoles, franceses, leyendo encumbradas obras de la filosofía y el derecho, revisando junto con sus amigos del Ateneo de la juventud —entre quienes se contaba el no menos brillante Pedro Henríquez Ureña— lo más granado del pensamiento latinoamericano y aventurándose a recorrer el camino de nuestros propios lamentos; si Rodó ya había logrado insistirnos sobre nuestros inclementes vacíos intelectuales y la necesidad de un resuelto rigor en la formación de las mentes latinoamericanas argumentando siempre la vocación universal que debía refugiarse en colegios y universidades de este lado del mundo para constituirnos como lugar clave para el ejercicio del pensamiento; si Bolívar, Nariño, San

Martín y demás valientes hombres de ideas y reciedumbre lograron despertar inusitadas voluntades alrededor suyo en la esperanza de una vida latinoamericana libre sobre todo de su propia ignorancia, ¿a qué triste hora condenamos a nuestras juventudes a la pereza, la falta de voluntad y el egoísmo?, ¿en qué momento el espíritu que movía al campesino y al indígena, al mestizo y al negro, al criollo, y en definitiva, al hombre latinoamericano, quedó reducido a una unidad aparente de comunidades virtuales y amistades antojadizas de redes sociales?, ¿bajo qué leyes hemos condenado a las próximas generaciones a que la dificultad de las empresas humanas no es atractiva para la vida y que los caminos sencillos en las letras y el pensamiento son tanto o más fecundos que los encuentros con obras y autores que han sudado sangre al escribir y al intentar legar a sus hijos un mundo mucho más claro y, si no libre de ellas, por lo menos conocedor de sus venalidades?

No podemos seguirnos ufanando de nuestras empresas tecnológicas, del inocente dominio del mouse y de las miles de amistades alrededor del mundo, si a estos llamativos alcances de la sociedad contemporánea no los acompañan mentes que reivindiquen la más noble amistad entre nuestros pueblos, condenados muchas veces a los mismos egoísmos y avariciosas miradas de gobernantes criados en remilgos aprendidos en inglés.

Nada de malo tiene en sí mismo el contacto sostenido y digno que se mantenga con pueblos distintos y, en ciertos aspectos, superiores; sin embargo, el problema no es estrechar las manos, singular acto de sencilla amistad, el lío es la indignidad de las relaciones. Cuando cerraba la Segunda Guerra Mundial, Caballero Calderón preveía el espectáculo de la que sería nuestra actual frescura.

Tres influencias presionarán sobre estos países, solo que ninguna de ellas por desgracia será latina. Ninguna de ellas tres, la de la Gran Bretaña, la de Rusia y la de los Estados Unidos, tendrá el menor interés en que cunda y se desarrolle una cultura propia, mestiza, nuestra, de profunda raíz vernácula y de lozano injerto latino, que en ningún caso pensaría en ruso ni se expresaría en inglés.

Y luego, continuaba su amonestación:

Decía que la obligación primordial de estos países que se dicen hermanos pero que en realidad permanecen tan extraños entre sí, tan recelosos los unos de los otros, es la de meditar hondamente sobre el porvenir que se nos está echando por la borda y frente al cual hemos ido perdiendo posiciones. Agregaba que si cuando venga la paz y la liquidación de la presente guerra, en cuanto latinoamericanos no quedamos a merced de tres influencias poderosas que pugnarán por dominarnos, será una sola entonces, la norteamericana, la que primero nos absorba.

[...] ¿Realmente desean los países latinoamericanos formar un cuerpo espiritual y trabajar por la asimilación de tantos factores comunes como en ellos se encuentran; o por el contrario, piensa cada uno que es preferible seguir por la vertiente de menor resistencia, y fomentar peligrosos nacionalismos, y disgregarse, y buscar individualmente un acomodo internacional con los Estados Unidos? (Caballero Calderón, 196, pp. 34-35).

Una más que necesaria altanería, un incómodo jalón de orejas que, a pesar de su oportuno impulso, solo puede representar en nuestra lectura un asentimiento tardío, nostálgico y reprobatorio de generaciones de hombres que sin rodilleras nos han condenado a ser parte del mundo mirándonos despechados de un porvenir mucho más digno. Piénsese bajo esta lupa en el éxodo de centro y suramericanos hacia tierras del norte con el apuro de un sueño por realizarse y una renta con que ir reconstruyendo una vida en sus propias patrias. Los años setenta y ochenta del siglo veinte tuvieron entre sus condiciones sociales la diáspora del latinoamericano. Como tal, los colegios y universidades, en un juego estúpido, estipulaban que, preparándonos para el futuro, no había que aprender ya ni francés ni raíces latinas ni qué decir de prefijos griegos, lo que había que hacer era educarnos en inglés. Todos felices, ¡nada más ni nada menos que la lengua que hablaban en el cine, la que redactaba nuestras políticas económicas y sociales! A la vuelta de una hoja, había que desarraigar las virtudes de nuestros indígenas para implementar las políticas de una sociedad apéndice que se iba acomodando con beneplácito a un nuevo sistema de valores, principios y conductas.

Si uno espera que los intelectuales que han precedido nuestro paso por suelo latinoamericano nos hablen nuevamente al oído no se pueden acallar las proféticas amonestaciones que hicieron a su propia época y el repaso que implica sabernos hoy profundamente influidos por algo de lo que, ante los ojos de los demás, seremos siempre un remedo. En el plazo de unos pocos años, las nuevas generaciones hispanohablantes se entenderán mejor con sus amigos de intercambio del norte que con nuestros vecinos del Brasil. Al paso de estas líneas, el lector puede complementar la amargura que desde diferentes tribunas, políticas y académicas, mantenía Eduardo Caballero Calderón sobre el devenir del hombre latinoamericano. Que se complemente con el retablo de los productos que consume, la idea de medios de comunicación que lo informan, las nociones de vida pública y privada, la forma de levantar y acabar ciudades tras la administración de intereses ajenos a la vida del pueblo.

No todo es malo, por supuesto; y, como lo he dicho anteriormente, en circunstancias equilibradas y dignas, el trato con todos los pueblos trae más beneficios que malestares porque es parte del hombre y de la cultura reconocer que nada somos si nos cerramos a los horizontes de percepción de otras latitudes. Eso nos lo ha enseñado Goethe, y en nuestra lengua lo ha hecho sólido mandamiento el mexicano universal Alfonso Reyes. No obstante, lo que se busca es refrendar la posición de aquellos nobles maestros; hombres que, como Eduardo Caballero Calderón en Colombia, pusieron el dedo en la llaga y, aún a sabiendas de que los políticos de turno los desoyeran como un adulto ante las pataletas de un niño, dejaban consigna a nuevas generaciones de cómo era su época y cómo podrían nuevas generaciones revisar su pasado. A veces es bueno hacerse humildemente a la idea de que ese es el sino de nuestra intelectualidad.

El problema es la exageración, como lo enseñó Aristóteles, y mantener como línea de conducta unas relaciones internacionales con un país que permea todas nuestras nociones de vida. Los jóvenes conocen más de Britney Spears y Jennifer López que de Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges, quienes al cabo de su vida se convierten en nombres para avenidas y puentes como referencia, ni siquiera como dato bibliográfico. Si a alguien puede parecerle consolador, en un libro que abre el espacio de la crítica literaria del siglo veinte, *La guerra contra el cliché*, Martin Amis ha expuesto también el fin de una época de las letras inglesas en la que hablar de crítica literaria, por ejemplo, era engolosinar el paladar recordando, reivindicando y, por qué no, también

hiriendo algunas obras anglosajonas. Hemos llegado a un periodo, parafraseo a Amis, en el que se puede ser millonario y famoso sin talento, sin aportarle espíritu al mundo, sin legarle a nuevas generaciones una trama que pueda ser sublime como recordatorio histórico. En resonancia de ello, también vivimos la apertura diaria de múltiples blogs dedicados a la expresión democrática de todas las opiniones y la expurgación de cientos de fantasmas. No estimo que se trate de un fenómeno que deba desarraigarse, todo lo contrario, es justo entenderlo; mas debe mezclarse con profundas posiciones que reivindiquen también el acceso a todos de piezas literarias, históricas y culturales de sublime valor para que el océano no termine lleno de puerilidades. No muy alejadas pueden estar las miradas en el horizonte de una manifiesta alfabetización que llega a casi todos los rincones pero que se malogra en la pobreza y en la falta de interés de aquellos que se han conformado solo con aprender a leer vallas y publicidades.

Igual ocurre con el manejo que se da de la información en tiempos en los que, aparentemente, deberíamos dar muestras de estar mucho mejor enterados de lo que ocurre en nuestro mundo. Como las cosas han terminado para algunos al alcance de la mano, con un mapamundi a disposición de una tecla y la actualidad a segundos de viaje, el efecto ha resultado un tanto insoportable: la atención se ha dividido y el cacumen no participa. Cualquier titular se plantea profundo y sustrae una elemental reflexión. Para mayores señas, solo basta preguntar a nuestros estudiantes por la imagen que se hacen de otros pueblos y culturas. Ya en unas mentes se perfilan barbas terroristas mientras otras esbozan fanáticos desalmados que están dispuestos a acabar hasta con el planeta porque Dios lo ha querido así. A despecho de esta situación los libros se encargan continuamente de desmentir los imaginarios que frugalmente se van amañando en la percepción que vamos sosteniendo de los demás. Pero los esfuerzos son insuficientes si la comodidad de la televisión no compite con las escasas ganas que hay de leer, escasez que llega hasta lugares insospechados en nuestros pueblos. Ya lo había dicho alguna vez Caballero Calderón: ni a los medios de comunicación ni a los políticos se les puede creer todo lo que dicen, “yo he trabajado en ambos campos, sé por qué lo digo”.

No se hace extraño que todo ello haya permeado nuestra vida laboral, maquinal, y nuestra vida académica, altamente burocrática, no menos maquinal. En ambos, los productos resultan descorazonados, insípidos, un inventario de cifras, en ocasiones hasta mal redactadas. Hemos llegado tarde a la fiesta del espíritu, nos ha tocado la resaca, una sostenida rumba. Y, lo llamativo es que, como ha referido Antonio Tabucchi en *Sostiene Pereira*, la modificación de todo aquello a lo que ramplonamente nos hemos ido acostumbrado solo requiere una dosis de voluntad. ¿Será entonces que la voluntad está del todo perdida y que desde los años en que Eduardo Caballero Calderón nos amonestaba sin reparos asistimos a nuestra más vergonzosa caída?

Con el corazón en las humanidades me gusta creer que aún es mucho lo que queda por hacer y que incluso, como latinoamericanos, estamos a tiempo de reivindicar nuestra propia participación en la historia. Pero los que desconsuelan son años de politiquería y avariciosos mentecatos que fueron acostumbrando, como modelo a seguir, la deshonestidad y la realización de los sueños de riqueza y opulencia sin importar por encima de quién se debiera pasar. Pues, bien que terminamos reflejando en modas y vértigos el espíritu de los Estados Unidos mientras vamos siendo devorados por sus ilimitadas fuerzas; también hemos puesto como correlato de nuestro sino la trampería y la ausencia de fortaleza para que la dignidad deje de tener el signo de unos cuantos pesos.

Sobre este mismo fenómeno que Caballero Calderón ha expresado como amargo vaticinio, sin más pretensión sociológica que una provocación, se debe examinar entonces por qué hemos llegado a ser un mal remedo norteamericano, ya no con la disquisición encendida sobre nuestras malezas, sino sobre las condiciones de los Estados Unidos.

Sin ahorrar amonestaciones vehementes, iniciando los años ochenta George Steiner escribió y publicó uno de sus más célebres ensayos. La popularidad no le viene tan solo por la buena acogida de sus palabras sino por las prontas reconvenciones. Se trató de “Los archivos del Edén”, un escrito en el que se traduce lo que ha ocurrido con la cultura norteamericana cuando heredó el bienestar del mundo y, como lo expresa el autor francés, se convirtió en “custodia” del pasado y el pensamiento de la humanidad. El legado se depositó en bibliotecas y museos, los hombres de ciencia e ideas se trasladaron a cubículos en organizadas universidades y sus cátedras empezaron a ser mantenidas por la impulsiva llegada de jóvenes hombres y mujeres de todo el planeta que querían ser testigos de la nueva etapa de la civilización. En la paradójica formación norteamericana se fueron mezclando los nombres de reconocidos pensadores europeos con las marcas y tendencias de una sociedad que sería imitada hasta en sus desmanes por aquellos que llegaban a buscar respuestas para sus pueblos como si se tratase de un nuevo oráculo de Delfos. Aún en los países latinoamericanos, ministros y presidentes, gobernadores y alcaldes, autoridades civiles y, a veces también, eclesiásticas, sueñan con que sus hijos se eduquen en las aulas norteamericanas para que de allá regresen con tablas de salvación para mantener y concretar órdenes sociales que terminan siendo mezquinos. El lector sabe de qué se está hablando: los sueños de una educación en los Estados Unidos para revalidar los parámetros de formación y de vida en sociedad.

La forma en que nos reconviene George Steiner, con todo y sus diferencias de credos y lengua, es particularmente cercana a los textos de mediados del siglo veinte de nuestro Caballero Calderón. Por supuesto, políticas editoriales paupérrimas me hacen sospechar que mencionarle a Steiner el nombre de un colombiano que alguna vez escribió en la prensa, como él, recorrió pueblos y costumbres, devoró clásicos y contemporáneos evitando prejuicios malsanos y que llegó a ser el primer alcalde de un pequeño pueblo en el gran departamento de Boyacá, sería recomendarle una nueva voz en su inmenso y enriquecido conocimiento de obras y autores. Nada que objetarle, ni más faltaba, cuando parece, incluso a nosotros mismos, que la sombra de Gabriel García Márquez resultó avasallante hasta con sus buenos amigos. Lo maravilloso es encontrar el eco de unas críticas mucho más distantes en el tiempo en un pensador contemporáneo que nos ha dado el mapa de algunos de nuestros desvaríos. Si Caballero nos ha anticipado la nota de una noticia ya conocida, aunque poco sentida en el palpitar latinoamericano, Steiner ha puesto en consideración el papel de guardián de todo aquello que antes se pensaba en otras lenguas y se sentía en dimensiones espirituales ahora algo ridículas.

La cultura norteamericana se ha apoyado, desde el principio, en unos hombres gigantescos. Tras el estilo puritano se halla el pilar del Tudor inglés, la prosa isabelina y jacobea. Tras la fundación de las universidades norteamericanas está la experiencia de Oxford y Cambridge, la lógica aristotélica y las matemáticas de Galileo y Newton. El empirismo inglés y el mundo de los *philosophes* subyacen a la visión jeffersoniana de ilustración norteamericana. Goethe está detrás de

Emerson como Shakespeare y Milton detrás de Melville. Puede ser, como dijo D. H. Lawrence, que la cultura norteamericana sea “muy vieja” precisamente porque es heredera de tantas cosas (Steiner, 1997, p. 334).

El más claro contraste de la cultura norteamericana radica en mantener sobre los hombros de los titanes, como los niños en los de sus padres, un necesario vistazo de sus propios retos políticos, sociales, intelectuales, académicos, mientras los latinoamericanos nos hemos quedado a sus espaldas sin disfrutar el espectáculo, creyéndonos el cuento de que imitar incluso las excrescencias del Norte o doblegar nuestra dignidad con el valor de sus dólares es el camino de la realización de estos pueblos del Sur. Hemos querido implantar en nuestro suelo, como lo advirtió alguna vez Leopoldo Zea, cuantas raíces se nos han ofrecido, desconociendo que no todas las plantas crecen igual bajo distintas circunstancias. El espíritu norteamericano, digno de nuestro aplauso, ha sabido congraciarse en saludable diálogo previo con un pasado del que fue deudor para su formación y hasta para su comprensión; el espíritu latinoamericano, rezagado por la miopía de quienes no han sabido nunca administrar la libertad, legado de grandes hombres, se fue consumiendo en pequeñas disputas territoriales, acuerdos bajo la mesa, corrupciones en todos los niveles y serruchos que han pasado de mano en mano como herramienta de cualquier trabajo.

Pero los valores que se impusieron no fueron ni los del libro ni los de la apreciación de la vida en todos sus detalles, algo que sin duda supera nuestras esperanzas de vida pero modifica en ánimo reflexivo nuestras relaciones y el paso que cada generación tiene por su tierra. Rápidamente, nuestro rezago se ha transformado en el afán de conseguir más dinero, poder, riquezas que se confunden en el inglés de *wealth* a *health*. Seguro que cualquier ser racional puede advertir que la distancia entre la salud y la riqueza es mucho más que una letra. ¡Y miremos a nuestros jóvenes trastocando la admiración por el genio en envidia por la opulencia, reparando en que aún les falta aquello que sus vecinos tienen por partida doble y seguros de que algún día la varita mágica que hace millonarios torcidos de la noche a la mañana pase por sus vidas! Hablar de progreso sin hacer mención al dinero es un dislate.

Fortuna es la fortuna. Que haya panteones para los jugadores de beisbol, pero pocas ediciones completas de los clásicos norteamericanos [...] que el atleta y el corredor de Bolsa, el fontanero y la estrella del pop ganen mucho más dinero que el pedagogo, son hechos de la vida para los que podemos citar paralelismos en otras sociedades, incluso en la Atenas de Pericles y en la Florencia de Galileo. Para lo que no hay paralelismo alguno es para la determinación norteamericana de proclamar e institucionalizar las evaluaciones a semejantes hechos. Lo que anestesia la sensibilidad europea es el supremo candor del filisteísmo norteamericano, la franca y a veces sofisticada articulación de una economía del propósito humano ontológicamente inmanente. Que esta “inmanencia” y el apetito voraz por la recompensa material sean inherentes a la gran mayoría de los seres humanos; que seamos pobres bestias compuestas de banalidad y avaricia; que no anhelemos los mordaces frutos del espíritu, sino la comodidad animal; todo esto es más que probable. [...] Puede que Norteamérica haya sido, simplemente, más sincera sobre la naturaleza humana que ninguna otra

sociedad anterior. Si esto es así, los altos lugares y momentos de civilización han sido posibles gracias a la huida de esa verdad y a la imposición desde arriba de ideales y sueños arbitrarios (Steiner, 1997, p. 338).

Ha hablado Steiner con su acerbo tono y la amenidad del erudito. Sus palabras no vienen a colación solo como reflejo de una idea que recorre los ensayos de Caballero Calderón; en los escritos de ambos se muestra también que es posible escribir sin tener la virtud de hacerse incomprensible, algo a lo que damos hoy sonoros aplausos como producción intelectual y académica. Seguros de que la cultura se aprende en otras tierras, adoptamos como propias las maneras que tienen hombres de otras lenguas de expresar sus ideas. Muchas veces he oído decir a autoridades de distinto género que las ideas que tratan de compartir son un empeño imposible de realizar porque consiste en traducir del francés o del alemán, cuando no del inglés, términos para los que no hay palabras en español. Y he asentido, ingenuamente, por supuesto, mientras otras voces más claras luego me amonestarían tan sencilla anuencia.

En los últimos años hemos asistido al lamento, quejumbroso incluso, de que nuestra lengua no se presta para mejores pensamientos, que para ello se hicieron el embriagado griego, el concreto alemán, el dulzón francés y el risueño inglés, pero no el español. Es como si se repitieran las palabras de Hegel que condena a los pueblos americanos a sobrevivir sin su propia historia porque esta solo podían conocerla en el encuentro con sus conquistadores. Algo de resabio e incompetencia se esconde en aquel que dice que su idioma se queda corto para hacer entender sus ideas.

Son muchos los pasajes en la lectura de Eduardo Caballero Calderón en los que hace explícito su deseo de ser claro. Antepone a su ímpetu de sonar a sociólogo el interés por provocar mediante un conocimiento cariñoso de su fuerza espiritual, su expresión en español. Lo sabía Caballero, el vigor del pensamiento no reside en su oscuridad. Sin embargo, en medio del enrarecido ambiente académico y humano que respiramos, no es extraño que también las palabras parezcan legítimas cuanto más sombrías sean. No es sencillamente un placer encontrar intelectuales claros, es un deber y una responsabilidad. En la misma orientación, Steiner ha llamado la atención al respecto:

Una auténtica cultura es aquella en la que existe una búsqueda explícita de la educación en sí misma, fundada en la comprensión, el placer, la transmisión de lo mejor que la razón y la imaginación han producido en el pasado y producen en la actualidad. Una auténtica cultura es aquella que hace de este orden de respuesta una función primordial, moral y social. Que hace de la respuesta “responsabilidad”, de la resonancia, “un responder a” las altas ocasiones de la mente (Steiner, 1997, p. 344).

Alguna vez, en un examen que realicé sobre el comunismo un estudiante respondió que “la utopía del *consumismo* consistía en que todos los seres consumieran lo mismo y que por eso es utópico” (sic). Sin duda usted se ha agitado, como me ocurrió a mí, mientras leía aquella respuesta. Al principio es la sensación de que uno está cansado y necesita pararse de la silla para no cometer errores mientras se lee; luego llega una sonrisa velada en la que se traduce un comentario sobre estos estudiantes de hoy y, por último, la necesidad de contárselo a alguien,

de hacerle ver a otro que al menos podemos sacarle la gracia a las torpezas. Con claridad yo había escrito comunismo en la hoja de preguntas donde el estudiante con displicencia había leído consumismo para dar tan movidiza respuesta. Luego, en la charla con algunos otros profesores, salían a flote algunas perlas del mismo corte en las que, a pesar de la letra, aparecían estudiantes que leían lo que querían leer, y no más. Esto no solo prueba la socorrida ignorancia que sobre temas políticos, sociales, artísticos, filosóficos, entre otros, pueblan las neuronas de muchos latinoamericanos, sino también que, en definitiva, sobre el comunismo se puede decir cualquier cosa. No importa.

Hubo un tiempo, como lo refiere Caballero Calderón en sus escritos, en el que los jóvenes latinoamericanos conocían a Marx para bien o para mal. Era parte tanto de sus panteones particulares como de sus anatemas. Los que no habían leído las “indigestas páginas de *El Capital*”, sabían de qué hablaba o guardaban esperanzas de que sus vaticinios fueran algo acertados. No obstante, fue arribando el tiempo en que todas las esperanzas se fueron desvaneciendo y, no solo las ideas comunistas sino todas las doctrinas, perdieron su sentido y horizonte de reflexión. No hay ideal que se mantenga porque, como apunta el escritor colombiano, “la realidad no tardó en demostrarnos que en el mundo desempeñan mejor papel los apetitos” (Caballero Calderón, 1963, p. 14).

Sencillamente las fuerzas de vigorosos jóvenes flaquearon al, atentos, percatarse de que la realización de comunidades humanas en las que fueran concretadas las más grandes esperanzas era solo el capítulo de las historias en las que las utopías tomaban las riendas. Tal lasitud afectó profundamente el pensamiento de Caballero Calderón. No obstante, lo que el preveía aún más triste que la falta de fe en la justicia, la igualdad, la izquierda o la derecha, el liberalismo o el conservadurismo político, era la pérdida de fe en ideales trascendentes de cariz cristiano.

Desde los primeros pasos del mestizaje, el catolicismo se posó sobre estas tierras con la fuerza de un huracán que barría a su paso con cualquier indicio de herejía o resabio pagano. En el camino se fueron fundamentando los valores de una educación moral y religiosa que, como suele ocurrir, atraviesa todas las formas de ver al hombre. Desde el niño hasta el viejo, el catolicismo entregó razones de ser a millones de latinoamericanos y ha educado en su catecismo a un buen número de generaciones. No es de extrañarnos que todos nuestros intelectuales hayan tenido que vérselas con él en algún momento para amar y refutar las consecuencias de su paso, como se ha podido leer, por ejemplo, en la obra del indómito Juan José Arreola.

Pero el caso de Caballero Calderón no es menos atractivo que el del escritor mexicano. En sus obras, tanto en la ficción como en los ensayos que dedica a espolear el espíritu del colombiano y del hombre latinoamericano, hay siempre señales de una inclinación cristiana que resulta dolorosa cuando se ha manchado por los vicios de la politiquería y la creencia ramplona sin juicio y, mucho menos, sin conducta. El pésame del Caballero es también la radical falta de atención a un credo que tomado en serio respaldaría una invitación a honrar la justicia, la equidad y el amor en la solidaridad entre los americanos. Pero en nuestro suelo, bien que andamos cojeando siempre de algún pie, las cosas resultan chuecas y las semillas cristianas han crecido también como justificación de deseos ajenos a las virtudes. Los pasos que llevan a cada uno de los sacramentos han sido pretextos para rebosar las copas de licor y hasta matarnos con solemnidad.

Sería difícil hablar de la crisis del hombre latinoamericano sin referirse a su calado sentido religioso, el mismo que lleva incluso a los sicarios de Medellín a portar escapularios y santiguarse antes de cometer sus crímenes. Es un cristianismo altamente desviado que, si hablamos de esperanzas en la salvación, lo que hace es condenar a todos por parejo. Con la distancia geográfica e intelectual respectiva, Caballero Calderón ha tocado también la desazón de un hombre que no sabe y no quiere entender las sutilezas del mal, como lo han hecho Chesterton, Mauriac, Bernanos o Greene. Los personajes del colombiano siempre trascienden su existencia en la insistencia de valores que resultan definitivos. No ha de faltar el cura, ya sea el protagonista –como en *El Cristo de espaldas*– o un personaje que vincule alguna forma de actuar o invite a tomar ciertas decisiones –como en el resto de la obra de Caballero–, que como representante de Dios determine el cauce por el cual se desarrollen las críticas o se interpreten nuestras realidades. En *Manuel Pacho*, para no ir muy lejos, un hombre pone en evidencia este deseo espiritual latinoamericano por hacer las cosas como Dios manda y darle santa sepultura a su padre, a pesar de la ardua ruta que emprende por los llanos colombianos.

Sin embargo, el contraste no se presenta solo en los cambios de paisaje, temperatura y usanzas que hay entre los pueblos, sino que aflora también en las crueles imágenes de violencia que dejan sangre y lágrimas en todos los caminos. Los despropósitos que Thomas Hobbes pintaba en su fantástica visión del llamado estado natural humano tienen en nuestras tierras la mancha de la sangre de generaciones enteras humilladas por el color de su piel o por la defensa de determinadas facciones políticas. Violencia imperecedera es otra de nuestras consignas. Caballero Calderón ha dejado testimonio apenas de un retablo de sus extremos; a nosotros nos ha correspondido olisquear sus nuevas sinrazones.

Como tan extraña mezcla suele posarse en Latinoamérica para hacer más funambulescos los análisis literarios y sociológicos, la religiosidad y la violencia han dejado ver también las señales de su crisis en el paso de las últimas décadas. Si bien, en el caso colombiano, conservadores y liberales no se matan en el agite de trapos y en el grito de consignas, ahora se orientan con mucha mayor procacidad en la consecución de beneficios personales y en la valoración de negocios que les dejen como legado un largo periodo de ganancias. Unos y otros mantienen la imagen pública de que rezar y pecar es parte de la vida política. Mientras esto ocurre, la violencia ha incrementado su fuerza entre grupos que antes parecían incapaces de realizarla. Jóvenes, adolescentes, y ya niños, solucionan sus diferencias sin apelar a ningún Platón, y las drogas orientan muchas veces el paso de sus vidas.

Seguramente el destino de muchas épocas históricas está marcado por la desazón de sus intelectuales y pensadores, por la crítica que atiza los humores y vaticina el fin de los tiempos. Es la constante del pensamiento crítico desde que hombres y mujeres de diferentes latitudes y lenguas publican sus ideas. No obstante, en esta dinámica de tomarnos conscientemente como sujetos históricos, la aspiración no es tanto darnos cuenta de nuestras tristezas –que con humildad aceptamos– como socorrer la llegada de nuevas generaciones mucho más atentas a su propio devenir. En la aceptación de los cambios, ineludibles, inaplazables, escalofrantes a veces, maravillosos hasta en su futilidad, justo es que siempre se encuentren hombres que tomando distancia de todos nos perfilen lo que pasa con el espíritu, las artes, la cultura y, en medio de todo, la historia y sus patetismos. No ha sido otra la presencia del intelecto en el

mundo que la noción de que es posible despertar a visiones distintas de las que se imponen como sombras al interior de la caverna.

A veces las personas se dan cuenta de ello en medio de sus más profundas crisis. Allí descubren que han sido engañados en años de desinformación y banalidad mientras se perdían el condimento especial que ha hecho saludable a la humanidad de otras generaciones. Y si no más saludables, por lo menos con alientos para sobrellevar los dolores. No es de extrañar que aparezcan estudiantes inquietos que pregunten por un libro más, distinto de la cartilla, y que comiencen un camino que puede llevarles a una iluminación particular en la que descubran que es posible pensar el mundo sin seguirle en todo la corriente. No es fácil. No es un camino que se transite con el tapete tendido, pero, con sus espinas, es una ruta a la que han rendido tributo todos los hombres que alguna vez decidieron sacar de las experiencias humanas el mayor jugo posible. Lo calamitoso ocurre cuando en la oferta de respuestas no aparecen las reflexiones profundas, desestimadas como oscuridades filosóficas y nostalgias literarias. Lo triste es que la soledad se resuelva en una infinidad de amigos virtuales, ninguno de ellos con las garantías de hacernos tan sabios como lo puede lograr un libro bien leído.

No menos frecuente es la reducción de las opciones a un plano religioso en el que parecen deshacerse todas las malas pasadas del pasado. En el siglo que terminó, el siglo de Eduardo Caballero Calderón, gustaba presagiarse que el tercer milenio sería el del restablecimiento de los valores religiosos y morales que han hecho a los latinoamericanos obras insignes de la formación cristiana que llegó con los conquistadores. Era un tema usual en las aulas de los colegios y en la educación de muchos de nosotros: nuestras epidemias, el homosexualismo, las guerras, las carreras armamentistas de los Estados, la disfuncionalidad de nuestras familias, los desvaríos de los gobernantes y, con ellos, los de sus pueblos, tendrían su cierre en la llegada de un siglo nuevo que volvería en plenitud el corazón a Dios. Como lo había hecho Descartes en sus famosas *Meditaciones*, nos asegurábamos de que las cosas estaban bien si Dios participaba de ellas.

Sin embargo, desde aquella época nos olvidábamos de que la religión es con frecuencia el ropaje con el que revestimos nuestra desnudez y que a ella sometemos en busca de abrigo la orfandad y la soledad en que de cuando en cuando nos encontramos. Dispuesto a ello, el latinoamericano ha terminado creyendo en cuanto se le ofrece con rasgo místico venga de donde provenga. Sin el menor razonamiento, ni siquiera con la advertencia de un Descartes o un Kant, que deben sonar a marcas de algo a los oídos ignaros, todas las doctrinas han entrado a nuestro supermercado para encontrar allí sus nuevos clientes. En Colombia, para no ir muy lejos, nos acercamos con rapidez a los dos mil credos y en todas las emisoras del A.M. hay un pastor, brujo, numerólogo, astrólogo, adivino, tarotista, vidente (y también en sus acepciones femeninas) para todos los gustos. De un lado desconcierta la falta de sensatez y de otro la abundancia de malicia para aprovechar cualquier vacío humano y llenarlo con todo tipo de recetas mañosas. Urgen las respuestas: afloran los oportunistas. De nuevo, es la crisis de la educación que se refleja en la falta de juicio y criterio para asumir hasta los problemas más íntimos, reducidos en nuestras historias a estratagemas pasionales, vulgares hechizos que condenan y ligan todas las conductas.

Aunque tradicionalmente de espíritu trascendente —en Latinoamérica podemos hacernos ateos, pero no dejar de ser cristianos—, Caballero Calderón mantenía honestas críticas a la

tendencia latinoamericana de hacer de todos los fenómenos una atractiva muestra de las fuerzas de esencias y entidades sobrenaturales que buscan salir a la luz a combatir con buenos y malos por parejo. De la mano con el fervor por lo irracional, el latinoamericano puede honrar con igual interés un templo que una mancha en la pared y la religiosidad de nuestro pueblo puede tener presente ir a misa cada domingo como visitar a un brujo los viernes.

Sin duda, ese no era el tipo de espiritualidad de la que se hablaba en las aulas de clase a las que asistíamos en las décadas de la segunda mitad del siglo veinte, sino más bien de un espacio para tomar un respiro frente a las fatigas impuestas y un tiempo tan veloz en sus transformaciones que no se presta para que pensemos una dimensión por fuera de la materia. Llegado el siglo veintiuno cada esquina latinoamericana es la combinación de todo lo humano que ha habido en cada época histórica. El prostíbulo y el confesionario simplemente parecen alternar turnos como si nos halláramos en una especie de cruce de caminos romanos.

Y lo que desdice aún más de nuestra espiritualidad es que no es pacífica, en absoluto. Cualquier denuedo se puede poner en las manos de Dios: desde la rencilla con un vecino hasta la venganza se amparan en novenas y rezos que parecen continuar la fórmula de pecar-rezar-empatar. Todos los vicios pueden encontrar aquí sus patronos y para cualquier rencor hay una noche en la que todos los fantasmas ayudan a liberar tan pesada carga. El perfil de nuestras esperanzas no puede desligarse del mesianismo que suele fascinar a políticos inescrupulosos y a pobres almas que han sido condenadas por ellos a la inconsciencia. Si el cristianismo no fuera tantas veces lo que muchos de sus adeptos hacen de él, seguramente el mundo en que se tejen nuestras creencias tendría mucho más de divino. Sin embargo, la humanidad cede tantas veces a su antagónica inhumanidad que cualquier bella concepción puede verse relegada como una fantasía imposible. Llegan circunstancias en que el rostro de esta cruda versión del hombre es tan borroso como el que se contempla los retratos de Francis Bacon. Las masacres carecen de culpables y la muerte se sigue hundiendo en ríos y matorrales sin distinción alguna de la procedencia de víctimas y victimarios. Como se lee en *Manuel Pacho*, “todos los uniformes resultan iguales”.

Formando el testimonio de un siglo, podemos reunir las voces de nuestros intelectuales, escritores y notables periodistas para sacar conclusiones sobre el devenir de los pueblos latinoamericanos y su gente. La lectura de Caballero Calderón es parte ineludible en un proceso de comprensión que no tiene sentido aplazar más, sobre todo ahora que ha empezado a dar sus vertiginosos pasos el siglo veintiuno. Evitar que se prolonguen más nuestras insolencias, las mismas que siguen dándonos de que hablar hoy, cien años después del nacimiento de Eduardo Caballero, exige un esfuerzo civil que invoca la presencia oracular de todos los hombres de nuestras letras que, sin temerlo, han puesto el dedo sobre las llagas. La inconsciencia, característica agazapada en nuestra forma de vivir, nos deja por fuera de cualquier diálogo y nos condena a vivir a la espera de lo que se quiera hacer con nosotros. A doscientos años de la Independencia de estas bellas tierras, hombres y mujeres de nuevas generaciones deben recomponer los vínculos que nos han hecho hermanos, más que competidores, y enérgicos, más que débiles presumidos hasta de nuestra pereza.

Es una difícil tarea. Lo es incluso porque hay quienes se han empeñado en guarecer sus riquezas y su poder en la conservación de nuestra falta de unidad y el apego a una dependencia que los mantiene muy cómodos. La cobertura educativa no va paralela con la calidad y la

ampliación de los posgrados no es sinónimo de profundidad. Los indicativos se convierten en cifras y, aquí, las cifras son buenas formas de disimular.

Es la época que nos toca en suerte, con sus maravillas, misterios y desmanes. Hay para todos los gustos y hasta el más posmoderno puede sonrojarse con algo. No es parte del pensamiento aislarse en nostalgias, sino despertar al clima de su tiempo y vitalizar a otros con su expresión. Es un desafío perenne al que todos los que respiran el terreno de las humanidades deben atender. Nadie puede asegurar que a la vuelta de unas generaciones nos encontremos con una sociedad latinoamericana mucho más noble y humana, sensata en la comprensión de sus vergüenzas y atrevida en la liberación de sus falsedades; nadie podría decir que en poco tiempo las impunidades serán saldadas, las injusticias dejarán de florecer y las inequidades no tendrán más padrinos. En un eventual caso, se logrará que por lo menos, quienes puedan, sepan lo que leen y, con la necesaria voluntad, algunos tomen conciencia del lugar que ocupan en el mundo. Si ese eventual caso no ocurre, la herencia que hemos recibido en un esfuerzo de años como de genios se condena a morir en el polvo. Hay que reconocer, como lo ha hecho Caballero Calderón en nuestra lengua y nuestro país, y como lo expresa bellamente Steiner, que es justo darle a la vida pretextos distintos de los que dulzonamente se imponen.

La evolución de las especies ha dejado poco lugar al consuelo. Somos, en general, un puñado de apetitos cobardes y homicidas dotados de un instinto en apariencia ilimitado para la destrucción y la autodestrucción. Somos los que arruinan el planeta, los constructores de los campos de exterminio. El noventa por ciento de la humanidad lleva una vida o bien de completa privación –física, emocional, cerebral–, o bien no contribuye en nada a la suma de comprensión, belleza o ensayo moral en nuestra condición civil. Sócrates, Mozart, Gauss o Galileo son los que, en ocasiones delicadas, redimen la confusión imbécil y cruel que dignificamos con el nombre de historia. Estar en contacto, por modesto que sea, con los movimientos del alma y del espíritu en metafísica y en ciencias abstractas, aprehender, aunque sea con vaguedad, lo que significa la “música en” y “del pensamiento”, es intentar colaborar un poco en el tortuoso y siempre amenazado progreso del animal humano (el progreso biológico tiene una escala temporal que escapa tanto a nuestro entendimiento como a una intervención significativa por nuestra parte). Comprender, ser capaz de transmitir a otros alguna modesta paráfrasis de la belleza que hay en una ecuación de Fermat o en un canon de Bach, oír el grito de caza en persecución de la verdad como lo oyó Platón, es darle a la vida una excusa (Steiner, 1997, p. 342).

Referencias

- Arango, Pablo (2007): “Menos democracia, por favor”. En: revista *El Malpensante*, No. 78. Bogotá.
- Amis, Martin (2003): *La guerra contra el cliché. Escritos sobre literatura*. Barcelona, España: Anagrama.
- Caballero Calderón, Eduardo (1963): *Obras Completas*. Volumen 2. Medellín, Colombia: Editorial Bedout.
- _____ (2003). *Manuel Pacho*. 2ª. Edición. Colección Cara y Cruz Literatura. Bogotá, Colombia: Grupo Editorial Norma.
- Steiner, George (1997): *Pasión intacta. Ensayos 1978 – 1995*. Barcelona, España: Ediciones Siruela.
- Zaid, Gabriel (1996): *Los demasiados libros*. Barcelona, España: Anagrama.